

DÍA DE PASCUA

Homilía del P. Josep M. Soler, Abad de Montserrat
23 de marzo de 2008

Hermanos y hermanas amados en la alegría pascual: El Viernes Santo éramos invitados a mirar *al que atravesaron* (Jn 19, 37). El evangelista san Juan nos testimoniaba solemnemente que del costado traspasado de Jesús había brotado *sangre y agua*. Ahora a la luz de Pascua y bautizados como estamos, podemos decir que, con los ojos de la fe, "hemos visto" la vida que brotaba de aquel costado abierto. Por eso hemos podido cantar mientras recibíamos la aspersión que recordaba nuestro bautismo: "hemos visto que nacía una fuente de agua del lado derecho del santuario". Con estas palabras, la liturgia evocaba el costado *traspasado* de Jesús y un texto del profeta Ezequiel que habla del chorro de agua que tenía que salir del lado derecho del santuario del templo de Jerusalén, y que sería portador de vida a todas partes donde llegara. El simbolismo es muy fuerte e impresiona a quien conoce la geografía de aquel lugar, porque el profeta dice que esta agua transformará el desierto de Judá en un vergel y el Mar Muerto en un lago de agua dulce lleno de peces (cf. Ez 47, 1-2.9). Con estas imágenes Ezequiel quiere anunciar que Dios hará renacer su pueblo, le saciará la sed y le dará vida abundosa hasta el punto que será como un nuevo Paraíso (cf. Gn 2, 9-14).

El evangelio de san Juan ve esta profecía cumplida en Jesucristo. Su cuerpo es el nuevo templo de Dios (cf. Jn 2,21); el lugar de la presencia y de la manifestación de Dios en medio de la humanidad. De este templo nuevo y definitivo, clavado en la cruz, brotó *sangre y agua* cuando *uno de los soldados con una lanza le traspasó el costado* (Jn 19, 34). El evangelista da testimonio solemnemente; lo oíamos el Viernes Santo. El costado derecho de Jesús, es, pues, la fuente de donde brota el agua vivificadora. Sin embargo, no se trata de una agua natural. El evangelista nos invita a ir más allá del simple hecho físico del costado traspasado, tal como lo podría explicar la medicina, y a hacer una lectura de fe a partir de la Palabra bíblica. Esta agua es el Espíritu (cf. Jn 7, 37-39) y sacia la sed del corazón humano; la sed de conocimiento y de salvación; la sed de vida para siempre. Y la sacia de una manera definitiva: *el que beba del agua que yo le daré, nunca más tendrá sed*, dice todavía el evangelista (Jn 4, 14). Esta agua espiritual que brota de Cristo es dada por la Iglesia por medio de la Palabra que anuncia y de los sacramentos que celebra.

Hoy cantamos con alegría esta "fuente de agua" que nace "del lado derecho del santuario", que es Cristo glorificado en la cruz, según la visión tan pascual del evangelio de san Juan. Los cristianos hemos recibido fundamentalmente esta agua en el bautismo y la confirmación. Por eso continuábamos cantando mientras éramos asperjados: "todos aquellos a quien ha tocado ésta agua se han salvado". El agua bautismal da vida, y lo hace de una manera definitiva; es un *agua que saltará hasta la vida eterna* (Jn 4, 14). Porque por el bautismo hemos sido incorporados plenamente a la salvación que nos otorga la obra pascual de Jesucristo. Eso no quiere decir, sin embargo, que sea una cosa automática. Significa que por parte de Dios el don es definitivo, que él no retira la gracia que nos ha dado. Pero nosotros, con nuestra libertad, podemos hacer un buen uso de este don o podemos dejarlo de lado. En la renovación de nuestras promesas bautismales esta noche, hemos vuelto a manifestar delante de Dios y delante de la Iglesia nuestra opción firme de hacerle un buen uso. Hemos vuelto a decir que queremos acoger la vida nueva, la vida según el Espíritu, que nos otorga cada día la gracia bautismal que recibimos y que fue llevada a plenitud por la confirmación. Lo renovábamos todavía al empezar esta Eucaristía con la aspersión con el agua bendecida esta noche, mientras cantábamos este texto que estoy comentando.

Un texto que acaba así: todos a los que ha tocado esta agua se han salvado -lo acabo de mencionar- y dicen: Aleluya, aleluya". Según cómo, podría sorprender esta conclusión. Pero es muy profunda. Hace falta que tengamos presente que el Aleluya, según el libro del Apocalipsis (19, 1-8), es el cántico de la gran multitud de los redimidos. Los que hemos recibido el agua del bautismo, fruto pascual del costado abierto de Cristo, alabamos a Dios por el perdón y por la salvación que nos otorga. A partir de este cántico del Apocalipsis, que la Iglesia cantará en vísperas, podríamos expresar la misma realidad con otra imagen: El Aleluya es el canto de la Esposa -la Iglesia, el Pueblo de los bautizados. Canta el Aleluya porque, lavada en la sangre del Cordero, Jesucristo, y purificada *con el baño del agua y la Palabra* (Ef 5, 25), ya está engalanada (Ap 19, 7) con los sacramentos pascales. Hoy Jesucristo se complace con la nueva prole de bautizados y con todos los que "separados de los vicios y de la oscuridad del pecado" (cf. Exultet) hemos renovado nuestra adhesión a él. Y todos los bautizados nos complacemos con él y con él alabamos al Padre cantando el Aleluya.

El hecho de haber sido incorporados a la Pascua de Cristo por el bautismo, nos lleva a estrechar nuestros vínculos fraternos con los hermanos en la fe de todo el mundo y a hacer entrar a toda la humanidad -también los no bautizados- en esta corriente de amor que ha inaugurado Cristo. Por eso en esta Pascua queremos ser solidarios con toda la humanidad. Ante la imposibilidad, sin embargo, de ofrecer una ayuda material a todo el mundo, en estos días santos hemos pensado prestar una atención concreta a la tarea que, gestionada desde Barcelona, las HH. Dominicas de la Presentación llevan a cabo en Irak y entre los refugiados iraquíes de Jordania.

Con la aspersion del agua acompañada del canto de la antífona que he comentado brevemente, hemos expresado el núcleo salvador de la Pascua y nuestra incorporación a ella por medio del bautismo. Así hemos renovado nuestra adhesión a Jesucristo y la vocación que nos ha dado dentro de la Iglesia. Por eso hoy no solamente alabamos a Dios y nos alegramos por la Resurrección del Señor sino también por nuestra incorporación como miembros del nuevo Pueblo de Dios. El Pueblo real, profético y sacerdotal invitado a la mesa de Cristo.